

LAUREN ASHER



Términos y condiciones

**Besties
Books**

ENAMORARSE
NO ERA PARTE DEL CONTRATO.

LAUREN ASHER

*Términos y
condiciones*

Traducción de Víctor Ruiz Aldana



Título original: *Terms and Conditions*

© 2022. TERMS AND CONDITIONS by Lauren Asher

© por la traducción, Víctor Ruiz Aldana, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Ediciones Martínez Roca, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorialplaneta.es

www.planetadelibros.com

Ilustraciones del interior: © Shutterstock

Primera edición: mayo de 2024

ISBN: 978-84-270-5271-0

Depósito legal: B. 6.067-2024

Composición: Realización Planeta

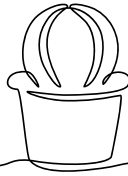
Impresión y encuadernación: Egedsa

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Iris

—Es un crimen celebrar un día así tú sola —me interrumpe Cal, mi mejor amigo y hermano del jefe.

A pesar de llevar el traje arrugado y el pelo rubio sucio, capta la atención de varias de las camareras que pasan junto a nuestra mesa. Bloqueo el móvil y me fuerzo a sonreír.

—Yo no soy la que se casa.

Él me observa entre pestaños.

—No, pero eres la titiritera que consiguió lo imposible.

—Tampoco fue para tanto.

—Ahora sí que me queda claro que no estás bien. ¿Te entristece... que Declan se case? —susurra, con una voz más baja que de costumbre.

Se me escapa una risotada.

—¿Cómo? Qué va.

—Entonces, ¿qué te pasa?

Dejo caer la cabeza y unos cuantos rizos me cubren

los ojos. Me paso una mano por el vestido para alisar unas arrugas inexistentes. La viva tela lavanda contrasta con mi tono de piel oscuro y me otorga un aspecto alegre que dista mucho de cómo me siento en realidad.

—Me acaban de enviar un correo para decirme que no me dan el trabajo.

—Joder. Lo siento. Sé que te curraste mucho la entrevista.

Después de pasarme meses preparándome una presentación para el Departamento de Recursos Humanos de la Kane Company, me han rechazado el traslado. Me escuece más de lo que debería. A pesar de que tampoco estaba aspirando a lo más alto con aquel puesto básico de Recursos Humanos, tenía una buena idea con un futuro prometedor que podía beneficiar a innumerables personas disléxicas atrapadas en la rutina empresarial. Mi plan podía llevar la empresa al siguiente nivel, si me hubieran dado la oportunidad, claro.

«Ya lo intentarás la próxima vez.»

Pierdo la sonrisa.

—Supongo que no era mi destino.

—Eso es una chorrada, sinceramente.

—Es verdad —contesto, riéndome—. Al menos Declan no lo sabe. ¿Te imaginas si le dijera que ni siquiera he conseguido el trabajo? Me lo recordaría toda la vida.

—Hombre, es bastante chulito.

—De ahí la fiesta —digo, y señalo el gigantesco arco de globos con una sonrisa de oreja a oreja.

Cal arquea una ceja hacia el cartel de neón destellante que reza «Dijo que sí».

—Sutil. Le encantará.

Pestañeo con una delicadeza fingida.

—Me he limitado a preparar la fiesta que me pidió.

Debería haberme especificado qué clase de evento quería.

—Recuérdame que no te saque de quicio.

—Lo tengo todo planeado para cuando llegue ese día.

Cal simula un escalofrío.

—¿Dónde está la futura esposa?

—Declan quería verla antes del anuncio.

—Pero ¿cómo se te ocurre? —me pregunta, ojiplático.

—Pues... porque todavía no la conoce, ¿puede ser?

—¡Exacto! ¡Por eso es una idea nefasta! —Cal se pasa las manos por las densas ondas de su pelo.

—¿Crees que es capaz de hacerla cambiar de idea?

—Conociendo a mi hermano, tampoco tendría que esforzarse demasiado.

—Ella ha firmado un contrato. El acuerdo está cerrado.

—Si tú lo dices... —responde, encogiéndose de hombros.

—Tal vez debería ir a ver cómo están —digo, y me giro hacia los ascensores.

Cal me agarra del brazo.

—No; esta noche libras.

—Pero...

—Es probable que tengas razón. Declan no se arriesgaría a estas alturas a cagarla y joderlo todo. Incluso él sabe controlarse.

—Ahora sí sé que me estás mintiendo.

Cal suelta una carcajada.

—Venga, vamos dentro a esperar a Declan. Imagínate lo que se esforzará por no fruncir el ceño y meter la pata. Joder, creo que no lo veo mirar a alguien sin cara de desprecio desde... —se interrumpe.

—¿Desde cuándo?

Me esquivo la mirada.

—Desde nunca, de hecho. Seguro que la tiene en carne viva de tanto cascársela por las noches.

Le doy un golpe en el hombro y me río.

—¡Oye, que es mi jefe!

—Y no por eso es menos cierto. Me sorprende que con tanto abuso el apéndice no se le haya caído.

Dejo escapar otra risita.

—Callahan —brama la voz de Declan.

Unos cuantos rezagados se apresuran a entrar en el salón de baile al oír su voz.

—No se puede negar que sabe despejar una habitación —dice Cal.

La poca felicidad que podía haber percibido en los ojos de Cal muere en cuanto Declan se detiene a nuestro lado y tuerce el gesto. El aire se enrarece, y la mirada gélida de Declan amenaza con revertir el cambio climático. Su descomunal cuerpo me bloquea la visión del vestíbulo al completo. El foco que tiene detrás no hace sino resaltar sus rasgos afilados, la oscuridad de sus ojos y los bordes de su mandíbula.

Comparado con las pintas de niño bonito de Cal, con su pelo rubio y sus ojos azules, Declan me recuerda a la parte más profunda del océano: frío, oscuro e inquietantemente silencioso. Como el monstruo que acecha, apenas a un aliento de convertir a alguien en su presa. Desde su cabello oscuro hasta la mueca perpetua de su rostro, transmite una sensación que hace que todo el mundo dé media vuelta.

Bueno, todo el mundo menos yo. Quizá alguien diría que se ha ganado mi lealtad a golpe de cheque, pero nada más lejos de la realidad. Compartimos un respeto

mutuo por el otro que ha soportado el paso del tiempo. Aunque nuestros primeros meses trabajando juntos fueron complicados, mi compromiso por ser una buena asistente ayudó a encauzar el rumbo de la relación que tenemos hoy.

Hicimos clic, de algún modo, por mucho que seamos polos opuestos en casi todos los sentidos. Yo soy una mujer negra. Él, un hombre blanco. Yo sonrío y él refunfuña. Él madruga todas las mañanas para entrenar, y a mí no me verían ni muerta en el gimnasio a menos que fuera para tomarme un batido en la cafetería. No podríamos ser más diferentes ni aunque quisiéramos, y, con todo, conseguimos que la cosa funcione. O, vaya, yo lo consigo.

Me interpongo entre los dos hermanos.

—Declan, ¿qué haces aquí? ¿Ya estáis preparados para anunciarlo?

Declan aparta la vista de Cal y la baja hacia mí. La mayoría de la gente se encoge ante su mirada, pero yo enderezo la espalda y lo miro de frente, tal como me enseñó mi abuela.

—Se ha echado atrás.

—¿Quién? —pregunto, desconcertada—. ¿La planificadora de bodas?

—No, la novia. Belinda.

—¡¿Bethany se ha echado atrás?!

Cal se atreve a esbozar un gesto presuntuoso. Declan ni siquiera se digna a desviar la mirada mientras revienta mis minuciosos planes.

—Sí, esa.

—No, no es posible.

Me niego a creer que haya echado por tierra meses de duro trabajo. Encontrar a una mujer que estuviera

dispuesta a casarse y tener un hijo con él para que pudiera ser el director general y ganarse la herencia resultó casi imposible.

«Que me niegue a creerlo no cambia lo que ha ocurrido.»

—Me sabe fatal ser yo quien te recuerde que ya te lo dije, pero... —empieza Cal.

—Todo esto es culpa tuya —replico, y lo fulmino con la mirada.

Cal levanta las manos.

—¡Ni de coña! ¿Qué culpa tendré yo de que el mal genio de mi hermano sea más grande que lo que tiene entre las piernas?

Declan le da un coscorrón a Cal. Ignoro su berrinche mientras camino en círculos por la alfombra a su alrededor.

—Deberías haberte casado a las bravas mientras aún tenías la oportunidad. —Cal vacía su copa antes de robarme la mía, que aún está medio llena.

—¿Hablas por experiencia?

A Cal se le ensanchan las aletas de la nariz y cierra con fuerza los puños antes de tomar aire y dejar que la ira se acabe disipando. Dirige su atención hacia mí.

—Por eso mi abuelo incluyó aquella cláusula de la herencia. Sabía que Declan no estaba preparado para ser director general y pensaba que tener una familia podría llegar a ablandarlo. Porque, vamos a ver, ¿cómo va a ser capaz de inspirar a las masas una persona cuyo único objetivo es destruir a todos los que lo rodean?

Declan tensa la mandíbula y Cal arquea una ceja en un gesto de provocación sorda. Señalo a Cal.

—Deja de comportarte como un crío y aprovecha ese cabezón que tienes para ayudarnos a solucionar este ja-

leo. —Declan ya me está mirando fijamente cuando me vuelvo hacia él—. Y tú deja de pagar tu mal genio con todo el mundo. Cal no tiene la culpa de que hayas metido la pata, te lo has buscado tú solito.

Se limita a observarme con una mirada impasible que me saca de quicio. Cal resopla.

—Es obvio que la ha cagado. La última actualización de su *software* no incluía el manual sobre cómo ser un ser humano decente.

—No tenéis remedio, ninguno de los dos. —Gruño para mis adentros mientras saco el móvil y marco el número de Bethany. Suena dos veces antes de saltarme el buzón de voz. Vuelvo a llamar, pero esta vez me salta directamente—. ¡Joder!

—¿No contesta? —me pregunta Cal, con la audacia de sonar jocosos.

—¿Se puede saber qué has hecho? —escupo en dirección a Declan, que se quita una mota invisible de polvo de la manga de la chaqueta, como si esta conversación fuese lo más aburrido que le ha pasado hoy.

—No estaba a la altura del trabajo.

—¿Y qué pretendes que haga con esa información cuando tenemos cientos de personas esperando recibir la noticia de tu compromiso con una mujer misteriosa? Soy toda oídos.

Me mira fijamente con los ojos entornados, y yo lo atravieso con la mirada y pongo los brazos en jarras. Cal deja escapar un ruidito como si quisiera recordarnos su presencia.

—A mí también me interesa saber cómo va a desarrollarse todo esto. A nuestro padre le hará una ilusión tremenda enterarse del compromiso fallido de Declan.

Ay, madre. Por mucho que su padre no conozca la

existencia de la carta que Brady Kane le entregó a Declan, en la que detallaba los requisitos de la herencia, no es estúpido. A fin de cuentas, no es casual que sea un exitoso hombre de negocios. No me cabe duda de que si percibe el más mínimo indicio de que aquel compromiso era falso, irá directo a buscar al abogado de Brady. Y si el abogado lo cree, Declan podría perderlo todo.

«Piensa, Iris. Piensa.» Pruebo otra vez con el número de Bethany, porque a la tercera va la vencida. El buzón de voz se oye alto y claro a través del diminuto altavoz del móvil. Cal silba antes de imitar el sonido de una explosión.

—Y así es como suena el futuro moribundo de Declan.

—¿No tienes nada mejor que hacer? ¿Irte a algún otro, por ejemplo? —le espeta Declan.

—¿Por qué pagar el alcohol cuando puedo conseguirlo gratis a tu costa? —Cal sonrío mientras alza la copa de champán en el aire.

Intento ignorarlos mientras valoro las opciones de que dispongo.

«¿Qué puedes hacer? ¿Abandonar de una vez por todas?»

No. Me niego a tirar la toalla a estas alturas. No cuando estoy tan cerca de ayudar a Declan a lograr su objetivo.

«Podrías llamar a la segunda opción, pero Declan la hizo llorar...»

—Iris está soltera, no sé si lo sabes. —La sonrisa de Cal se convierte en un rictus siniestro—. Podría ejercer esa función sin despeinarse, porque nadie te conoce mejor que ella.

—No —replica Declan.

Un momento.

Sí.

¡Yo!

Tampoco tengo demasiados motivos que me impidan dar un paso al frente como sustituta. Sin novio ni compromisos anteriores, podría remplazar sin problema a Bethany.

«Que puedas no significa que debas.»

Bueno, ¿y quién si no? Se nos acaban el tiempo y las prometidas aptas. Abro la boca, pero me interrumpe el chillido de Tati, la planificadora de bodas de Declan.

—¡Ahí está! Ya me preguntaba adónde se habría escapado el novio. —La voz aguda de Tati resuena por toda la estancia.

—Este tipo de entretenimiento no tiene precio. —Cal vacía mi copa antes de apoyarse en la mesa con una sonrisa.

—¿Dónde está la prometida de la que apenas me habéis hablado? —pregunta Tati, agitando el portapapeles como si de una varita mágica se tratara.

Me alegro de haberme reservado la identidad de Bethany por si llegaba a ocurrir algo como esto.

«No te estarás planteando seriamente lo de casarte con él, ¿no? Ni siquiera lo quieres.»

«No tengo por qué quererlo. Es un contrato, no un matrimonio por amor.»

Declan interrumpe mis pensamientos.

—Beatr...

—Se llama Tati, cariño. —Le aprieto la mano contra el pecho.

Él se queda rígido, y yo le doy otro golpecito con el que le comunico que actúe con naturalidad. Arruga las oscuras cejas mientras observa mi mano como si quisiera arrancármela dedo a dedo.

—¿Se puede saber qué haces? —Pronuncia las palabras con la frialdad suficiente como para echar abajo la fachada perfecta que he construido.

—Pues ahorrarte el esfuerzo de presentarme y contar nuestra historia. —Le dirijo la más dulce de las sonrisas que puedo esbozar, dadas las circunstancias.

«¿Ya eres consciente de lo que vas a hacer, Iris?», me pregunta la voz de la razón.

«No veo muchas más opciones.»

«¡Es un matrimonio! No es algo de lo que puedas retractarte cuando te asustes.»

Silencio los pensamientos que se oponen a mi plan. No son más que un puñado de años de mi vida.

«¡¿Y lo del hijo?!»

«Bueno, siempre he querido ser madre.»

«Sí. ¡Dentro de cinco años!»

«Bueno, puedo poner en marcha con un poco de antelación mi plan a cinco años vista.»

Trago saliva para deshacer el nudo que tengo en la garganta y vuelvo a centrar mi atención en Tati. Me zafó del rígido abrazo de Declan antes de cogerle la mano. Los músculos que hay bajo su traje se contraen, tensándose de forma visible bajo la tela de la chaqueta.

«Fantástico. Ya trabajaréis más tarde lo de la aversión a que lo toques.»

—Tati, no he sido totalmente honesta contigo cuando hemos hablado por teléfono.

—Vaya —contesta, y su sonrisa desaparece.

—Dudaba sobre si presentarme solo como la asistente de Declan antes de que nos conociéramos en persona. Verás: llevo un tiempo trabajando en la Kane Company, y ya sabes lo rápido que corren los rumores.

Tati ladea la cabeza y se aprieta el portapapeles contra el pecho.

—Claro, lo entiendo.

—Me aterraba lo que la gente pudiera pensar de que yo saliera con mi jefe, pero ya no podemos ocultarlo. Ya no queremos ocultarlo. —La voz se me rompe por voluntad propia.

El único signo de malestar que detecto en Declan es que me mira y parpadea dos veces. Jamás lo había visto parpadear dos veces, ni cuando saltó por los aires un acuerdo por el que llevaba dos años trabajando ni muchísimo menos cuando murió su abuelo.

Me... inquieta.

Enderezo la espalda y me vuelvo hacia Tati.

—Estamos listos para seguir adelante con nuestro futuro. Ya no tenemos motivo alguno para continuar manteniendo nuestro amor en secreto.

Cal me da el visto bueno a espaldas de Tati. «De Oscar», me dicen sus labios, antes de hacerle un gesto a Declan con ambos dedos corazón para que sonría.

A Tati se le ilumina el rostro mientras asimila nuestras manos entrelazadas.

—¡Anda! Hoy debe de ser una noche muy especial para los dos, por varias razones —exclama, y baja la vista a mi dedo anular desnudo.

—Ay, sí. ¡La alianza! —Dirijo la mirada al rostro de Declan, y el tic de su mandíbula no le pasa desapercibido a nadie.

«Lo siento, Declan, estoy evitando que eches a perder todo tu futuro, aunque ahora mismo pueda parecer lo contrario.»

Declan me suelta la mano antes de sacarse del bolsillo un anillo de platino con un único diamante pre-

cioso. Me sorprende hasta cierto punto esa elegante alianza. No podría ser más diferente de la monstruosidad infame que escogí para su futura esposa, lo cual me confunde. ¿Se equivocaría al recogerla en la tienda? Sabía que no debería haberle confiado algo tan importante, pero insistió.

Tati arquea una ceja en un gesto inquisitivo y me devuelve al momento presente.

—Le pedí a Declan que se la quedara porque me la tienen que ajustar. El dichoso anillo se me salió volando del dedo cuando me lancé a sus brazos después de que me pidiera la mano.

—¡Ay, qué mal! —exclama Tati con una mueca.

Cal asoma la cabeza por delante de Tati.

—Le dije a mi hermano que no era buena idea pedirselo en mitad de una tormenta, pero él erre que erre con que era el momento idóneo, porque Iris las adora.

—No he visto a nadie hincar la rodilla más rápido que él —añado, antes de guiñarle un ojo a Tati y hacer que se ruborice.

Declan frunce todavía más el ceño, y yo no puedo evitar reírme.

—A punto estuvo de desgarrarse los pantalones Tom Ford al echar a correr detrás de la alianza. No había visto nunca a mi hermano tan desesperado; menos mal que lo encontró antes de que se colara por una alcantarilla. —Cal rodea con el brazo a Declan y este se apresura a quitárselo de encima.

—¿No lo grabasteis? ¡Me encantaría enseñárselo a los invitados! —exclama Tati.

Noto que la nuca se me calienta.

—Qué va. Fue algo improvisado. Fue taaan románti-

co... —Inspiro cuando el demonio me agarra la mano izquierda y se me pone la piel de gallina. Me la resigue a la vez que me pone el anillo en el dedo.

—Uy, ¡mira! ¡Al final encaja y todo! —Tati aplaude. Juro que solo tiene dos volúmenes posibles: alto y ensordecedor.

—Debe de haber encontrado un hueco en su ajetreado horario para que me lo ajustaran —contesto con las mejillas encendidas.

Declan tira una vez de la alianza para comprobar si baila o no, antes de meter la mano en el bolsillo. Yo acaricio el diamante con un dedo antes de tirar también del anillo. No se mueve lo más mínimo. Me aclaro la garganta y me obligo a sonreír.

—Creo que está atascado.

Quién iba a saber que Bethany tenía el dedo más pequeño que yo. ¿Es que esta noche no me puede dar ningún respiro?

—En más de un sentido —susurra él, bajando la voz para que solo pueda oírlo yo. Hay algo en la profundidad de su voz que me provoca otro escalofrío. Se aparta de mí y yo tomo aire.

—Bueno, vamos a quitarnos de encima el numerito.

Un numerito. Ni más ni menos. Un matrimonio falso cuyo objetivo es impedir que mi jefe pierda todo por lo que tanto ha trabajado a lo largo de su vida. Siento un acceso de pánico ante la mera idea, mucho más fuerte que antes. Procuero recordarme que solo es un matrimonio sobre el papel, pero no parece que haya nada que pueda evitar que el corazón se me salga por la boca.

Mi mirada y la de Declan se cruzan, como si pudiera sentir mi ansiedad creciente. La realidad cobra forma como una mala quemadura solar, y me doy cuenta de

que con cada segundo que pasa me cuesta más y más respirar.

Me he ofrecido a ayudar a Declan, para bien o para mal.

«Hasta que la muerte nos separe.»